

CHAMUSQUINA

NOELIA
LORENZO
PINO

erein

CHAMUSQUINA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: febrero de 2021

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Ilustración de portada:

Álvaro Hermida Bercianos

Maquetación:

Erein

© Noelia Lorenzo Pino

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-686-3

D.L.: D 140-2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus   

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

CHAMUSQUINA

NOELIA
LORENZO
PINO

“Nuestra integridad vale tan poco, pero es todo cuanto realmente tenemos. Es el último centímetro que nos queda de nosotros. Si salvaguardamos ese centímetro, somos libres”.

V DE VENDETTA.

*Siete años después, te la vuelvo a dedicar a ti,
Álvaro, porque sin tu apoyo incondicional
Chamusquina no sería la misma.*

Irun, 1 de noviembre. Miércoles

Eran las diez de la mañana y el día estaba completamente despejado. Un azul intenso gobernaba el cielo. Laura paró el motor de su coche en un aparcamiento del monte Erlaitz. No había ningún otro vehículo estacionado. No se atrevía a salir del Ford Fiesta porque hacía un frío del carajo. Dos grados bajo cero. Eso marcaba el termómetro de su coche. No recordaba un otoño tan frío. Se abotonó hasta el cuello el abrigo y se armó de valor para salir a la calle. En pocos segundos sintió cómo el pantalón vaquero se le helaba. Tal vez no llevara la ropa más apropiada, pero no tenía otra. Con ella había tirado durante los meses más fríos del invierno pasado. Percibió un olor a chamuscado, a hoguera. Dedujo que algún casero estaría quemando rastrojos de su huerta. Inspiró hondo y notó cómo el frescor le despejaba la cabeza. Caminó rápido entre los helechos hacia el bosque que se abría a la derecha para protegerse de la punzante corriente de aire. El viento, al pasar entre los troncos, emitía un sonido que se asemejaba al del agua cayendo por una cascada. Se colocó junto a un pino y cruzó los brazos sobre el pecho para darse calor. Desde allí, a 497 metros de altitud, podía observar la ciudad en todo su esplendor. Se quedó embobada mirando las vistas. La apaciguaban los sonidos y la tranquilidad de la naturaleza. Bajó los párpados y afinó el oído. Se escuchaba, aparte del silbido del viento, los cencerros del ganado. Erlaitz pertenecía al parque

natural de Peñas de Aia y los animales vivían en libertad: caballos, vacas, ovejas... Laura abrió los ojos y vio entre los pinos una vaca pastando. Parecía deferente. A causa del frío, estas habían echado más pelo, un pelo largo y pardusco. Se le antojó que estaba en Noruega y que era un buey almizclero. Los recordaba de un documental de La 2 al que se enganchó una noche de insomnio.

Se había vuelto una persona solitaria. Había mañanas en que se levantaba angustiada y las paredes de la casa la asfixiaban. Aquellos días conducía hasta el monte y observaba la vida pasar. Desde allí arriba todo le parecía más sencillo y le hacía olvidar sus ansiedades. «Respira, no pasa nada», se decía. «Contempla tu entorno e imita el comportamiento de la naturaleza. Nada de complicaciones, solo vivir y seguir adelante».

No se había cruzado con nadie, aunque no era de extrañar teniendo en cuenta la baja temperatura. Solo estaban la vaca y ella. Se apoyó contra el tronco y bostezó. De repente algo le golpeó la cabeza. Se frotó con la mano donde había recibido el impacto y miró al suelo. Esperaba encontrar una piña, pero no fue así. A sus pies había un gorrion muerto.

—Vaya, pobrecito.

Se agachó y analizó al pájaro de cerca. Acarició su plumaje marrón. Estaba frío. Pensó que habría muerto sobre alguna rama y que, al apoyarse ella sobre el tronco, había caído al suelo. Cuando estaba a punto de levantarse, distinguió otro gorrion a medio metro. También muerto. Estudió con detenimiento el terreno y descubrió más ejemplares. El corazón empezó a latirle deprisa. ¿Qué les había sucedido? ¿Sería el frío? Oyó un crujido a sus espaldas. Se giró sobresaltada y vio a un hombre que caminaba deprisa por el bosque. Solo pudo verlo de espaldas. No era muy alto. Llevaba un plumífero marrón, un gorro azul marino y un pantalón vaquero. Consultó el reloj. Ya había pasado media hora. Decidió volver al aparcamiento. A las once tenía cita con el médico y no quería llegar tarde.

Cuando llegó al coche, se dio cuenta de que le había salido un pequeño chichón en la cabeza.

La consulta de Jaime Martín estaba en plena ciudad, cerca del centro comercial. Era una casa mediana de dos plantas sita en la calle Mendibil, la última de la cuesta.

Le había costado aparcar e iba de prisa para no llegar tarde, tan solo quedaban tres minutos para las once de la mañana. Siempre llegaba agotada a la puerta. Para recuperar el aliento, esperó unos instantes antes de llamar. Su agitada respiración le recordaba que tenía que empezar a hacer ejercicio: otro nuevo propósito para su lista. Tenía treinta y tres años y, a pesar de que aparentaba menos, le parecía tener la agilidad de un viejo. ¿Qué les pasaba a sus malditos músculos?

Se frotó las manos con ímpetu, las tenía heladas y agrietadas. El frío era tan seco que el viento cortaba la piel como finas cuchillas. Estaba siendo el otoño más frío que se recordaba en Irun, o al menos eso decían los más ancianos.

Llamó a la puerta y enseguida abrió una mujer de mediana edad. Era Luisa, la asistenta del doctor. Era bajita y rechoncha pero tremendamente ágil. ¿Por qué todo el mundo parecía estar más en forma que ella? Detestaba esa sensación.

—Hola, bonita. Pasa, pasa —le dijo con amplia sonrisa y agitando un trapo azul que llevaba en la mano.

Se apartó de la puerta para que entrase y la acompañó a la sala de espera antes de desaparecer por el largo pasillo.

La estancia era amplia. Había una mesa central de madera y seis sillones de color granate. Eran cómodos. Laura intentó relajarse. Sobre la mesa había revistas de viajes y de salud, y algún que otro cuento infantil. Las únicas que interesaban a Laura eran las de viajes y ya se las sabía de memoria. Pensó que Jaime debería renovar más a menudo su oferta de lectura.

La casa de Jaime era enorme. Tenía entendido que él vivía en la planta superior con su hijo, al que ella no conocía. La planta principal la utilizaba para las consultas. Escuchó una melodía procedente de arriba. Laura afinó el oído y reconoció la canción “Just like heaven” de The Cure.

«Vaya... tiene buen gusto», dijo para sí.

Su hermano, de adolescente, era fanático de los Cure y ella se sabía todas las canciones de memoria. Escuchar aquella le trajo buenos recuerdos.

Jaime había sido durante mucho tiempo el médico de cabecera de su familia. Hacía más de cuatro años que había dejado el ambulatorio para dedicarse por completo a la homeopatía unicista en la que él realmente creía. Un único remedio para cada paciente.

Estaba rebuscando en las revistas, por si había pasado por alto alguna de viajes, cuando Jaime se asomó por la puerta.

—Hola, Laura, ¿qué tal todo? —preguntó sonriente y sin soltar el picaporte.

—Bien —contestó ella, poniéndose de pie.

Ambos pasaron a la consulta. Allí siempre hacía calor. Laura se desprendió del abrigo y se sentó frente a Jaime. Los nervios y la elevada temperatura provocaron que comenzara a sudar.

—Cuéntame, ¿cómo vas? —preguntó mientras buscaba un bolígrafo en el bolsillo de la bata blanca.

—Bien. —Sabía que le tocaba hablar aunque no tuviera ganas.

—La última vez que viniste fue hace tres meses, si no me equivoco. —Hojeó el informe que tenía sobre la mesa antes de proseguir—. ¿Qué tal te ha ido durante este tiempo?

—Bien. Sigo sin consumir nada.

—¿Y qué tal? —insistió levantando la mirada—. Cuéntame.

—A días... Los hay en que solo pienso en ello, desde que me levanto hasta que me acuesto. Pero voy aguantando. Ya van tres meses y medio desde la última vez.

—¿Cuándo te sentiste deprimida por última vez?

—Esta mañana. Pero ya estoy mejor.

—¿Ah, sí? ¿Por qué crees estar mejor?

Laura observó cómo Jaime esperaba las reacciones. Todo era importante en la homeopatía.

—He cogido el coche y he subido al monte. Eso me ayuda. Me hace sentir libre. Antes, lo único que hacía era currar y consumir. Trasnuchar y consumir. Dormir y consumir. Cuántas cosas me he perdido en todo ese tiempo —se lamentó mientras se frotaba la cara con las dos manos.

—¿Crees que te has perdido muchas cosas?

«¿Tú qué crees? Ya te lo he dicho», pensó ella.

Estaba crispada y con ganas de llorar. A veces detestaba esas lentas consultas. Dar vueltas a las mismas cuestiones... Pero sabía que a la larga funcionaba.

—Sí. Demasiadas —respondió ocultando su agobio.

—¿Has vuelto a hablar con Joseba?

—Me llama, pero no contesto. Me manda algún mensaje diciéndome que no puede vivir sin mí, que me necesita y ese tipo de cosas.

—¿Y qué sientes cuando lees los mensajes?

—Que todo aquello se acabó. Juntos intentamos dejar toda esa basura. Fuimos incapaces. Se ponía súper agresivo cuando no consumía. Me mentía. Decía que no podía. Joder, para mí también era difícil, pero merecía la pena seguir luchando. ¿Qué futuro de mierda nos esperaba? Llegué a la conclusión de que él no quería realmente dejar la coca. El día que rompimos me metí una raya. Qué ironía, ¿verdad? Fue la última.

—¿Sigues teniendo las mismas pesadillas? —preguntó mientras escribía en un folio.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—No pasa una semana sin que no las tenga.

—Háblame de ellas.

Laura tomó aire antes de comenzar.

—Estoy en casa de algún colega, o en algún bar, y de pronto soy consciente de que me he metido un par de rayas. Me entra una angustia muy fuerte. Me siento arrepentida. En el sueño no me explico cómo he podido tirarlo todo por la borda y no me veo capacitada para empezar de nuevo. Entonces Joseba se acerca, me agarra de la mano y me lleva al baño. Sobre la taza hay tres rayas perfectamente colocadas para que nos las metamos. Me da un billete enroscado, yo me agacho y esnifo una. Me veo a mí misma haciéndolo y no sé cómo pararme. No quiero hacerlo, pero lo hago. Entonces me despierto.

—¿Qué sientes al despertarte?

Laura intentó evitar que se le notara la apatía y tragó saliva para disipar el nudo de la garganta. Profundizó en el vacío y en la ansiedad que le oprimía el pecho al despertar. Jaime escuchaba, apuntaba y preguntaba con interés.

«¿Qué hora será?», se dijo Laura. «No me mires así, que no sé qué más contarte».

Aunque lo pasaba mal en las consultas, tenía que reconocer que Jaime la había ayudado mucho. Confiaba en él y le caía bien. Observó su abundante cabello plateado y su atractiva madurez. Era alto y delgado pero fuerte. Ni un ápice de grasa, nada, no había tripa en ese cuerpo de más de cincuenta años. El tío se cuidaba.

Intuía que la cita estaba llegando a su fin. Ya le había recetado su remedio de siempre, pero en una dilución más alta.

Generalmente, al terminar la consulta charlaban un rato. Dejaban al margen el asunto de la droga. A Laura le venía bien desviar la atención. Siempre había algún tema que tratar: la gripe A y la alarma social que generaron las empresas farmacéuticas y el gobierno, la manipulación en los programas informativos y, por supuesto, la crisis...

Jaime se relajaba con Laura, la conocía desde hacía años. La veía casi a diario porque era cliente habitual de la pastelería en

la que trabajaba. Tenían una buena relación. En alguna ocasión le había explicado el porqué de la homeopatía y la razón de las diluciones, algo que solo hacía con pacientes de confianza. La observó un instante. Pensó que seguía siendo una mujer hermosa e inteligente, a pesar de la adicción que había mantenido durante años. Quería ayudarla de veras para que rompiera completamente con su pasado.

Laura, que no había olvidado el castañazo que le había dado el pájaro muerto, decidió comentárselo.

Se levantaron a la vez.

—Jaime —dijo de repente.

—Dime.

—Esta mañana he visto en Erlaitz un montón de pájaros muertos.

Laura notó cómo a Jaime se le tensaban los músculos de la cara. Se quedó como ausente y en silencio.

—Estaban por el suelo. Había más de diez —añadió sin saber muy bien qué decir.

—¿Dónde estaban? —preguntó serio.

—Cerca del Castillo del Inglés, en el bosque de pinos.

—¿A qué hora ha sido?

—Serían las diez.

Jaime se volvió a callar.

—¿Pasa algo?

—No, no. Está haciendo mucho frío. Supongo que habrán muerto por un golpe de frío.

—Ya. Me lo he imaginado. La verdad es que me ha impresionado ver tantos a la vez.

—Normal. No te preocupes, tú protégete del frío y no te alarmes. Nos vemos dentro de dos meses —dijo consultando el calendario y anotando la fecha en una tarjeta.

Camaron juntos por el largo pasillo, entre láminas de Gustav Klimt, y se despidieron en la puerta.

Apenas Jaime regresó a la consulta, cogió el teléfono y marcó un número.

—Acabo de estar con una paciente. Me ha dicho que ha visto varios pájaros muertos en Erlaitz, en el bosque de pinos que hay junto al Castillo del Inglés. Se les está yendo de las manos. Es un descuido muy gordo. Si estás libre, yo hasta la tarde no tengo ninguna consulta más. ¿Nos vemos donde siempre?

Laura bajaba la cuesta peleando con el aire frío y decidiendo qué hacer hasta la hora de comer. Desde que había dejado de consumir, tenía que mantenerse ocupada todo el santo día. La hipersactividad la tenía frita. Se acercó en coche hasta su casa y cogió su cámara de fotos. Se había aficionado a la fotografía desde que su hermana Nora se la regaló por su cumpleaños. Nuevo *hobbie*: bienvenido, tiempo para no pensar. Y así con todo: cine los viernes, echar una cerveza los sábados con Ane, su compañera de curro, ir más a menudo a casa de los aitas, leer todos los meses la revista de moda de su hermana —aunque no le interesara—, y las de la competencia para aconsejarla. A menudo, se agobiaba y sentía que estaba viviendo una vida que no era la suya. Pero, aun así, se consideraba una tía fuerte y con suerte. Sus nuevos objetivos eran vivir y ser feliz. Disfrutar de la vida totalmente sobria.

A las doce y media estacionó donde lo había hecho por la mañana, y advirtió que otra vez volvía a ser el único vehículo del aparcamiento. Salió con decisión y caminó hasta el bosque a paso ligero, sin apartar la mirada del camino. Quería fotografiar la escena que no conseguía borrar de su cabeza: ese suelo salpicado de pájaros muertos.

Llegó hasta el mismo tronco en el que se había apoyado y se sorprendió al no ver ninguno. ¿Habrían sido alucinaciones? ¿Dónde estaban? Anduvo entre los pinos, rebuscó entre las hojas secas y no encontró ninguno. Joder, estaba segura... Se hallaban

por todas partes. ¿Los habían retirado? Recordó al hombre del plumífero marrón al que vio de espaldas. ¿A dónde iba tan rápido? ¿No llevaba una vestimenta algo pija para andar por el monte? Un tipo un tanto peculiar. Dio varias vueltas durante un cuarto de hora hasta que, muy a su pesar, decidió volver al coche. Estaba helada de frío y no quería pillar una pulmonía. De camino al aparcamiento paró un instante, los ojos le lloraban por el aire y las lágrimas le hacían cosquillas en las mejillas. Al echar la mano al bolso, bajó el rostro y descubrió uno. Era un gorrión. Estaba tirado entre unas hojas secas de roble. Sacó un pañuelo y recogió el cuerpecito de plumas pardas. Lo envolvió con delicadeza y lo metió en el bolsillo del abrigo. Pensó en Ainhoa, la veterinaria que atendía a sus gatas. Consultó el reloj. Casi la una. Le daba tiempo a llegar a la clínica Higer.

A Laura le encantaba el letrero de aquella clínica veterinaria. Junto al nombre aparecía el faro de Hondarribia, dibujado como a carboncillo, y de sus ventanas salían perros y gatos mirando alegres y jadeantes. Entró directamente en la sala y Ainhoa no tardó en atenderla.

—Hola, Laura, qué raro tú por aquí sin tus pequeñas —dijo con tono amable.

Se conocían desde la infancia. De niñas vivían en el mismo bloque y, a pesar de que Ainhoa era algo mayor, jugaban juntas en el barrio.

«Qué tiempos aquellos», pensó Laura. «Todo eran juegos e imaginación. Volvería a ellos con los ojos cerrados».

Ainhoa era de baja estatura y tenía una melena larga y rizada. Laura la observó. No había cambiado tanto. Tenía la misma cabellera azabache y la piel fina y clara. Recordaba que de niña se reía por todo, a carcajadas, una risa contagiosa. Ahora, sin embargo, no siempre parecía tener un buen día. A menudo estaba seria y

ensimismada. La confianza se había ido perdiendo con el paso de los años y Laura lamentaba no poder ayudarla cuando la veía triste y gris. Pero hoy no era uno de esos días, hoy sonreía alegre mostrando la separación de sus paletas.

—Esta mañana he subido al monte y he encontrado varios pájaros muertos. Estoy un poco mosqueada. Te he traído uno para que lo examines.

Laura sacó el pañuelo del bolsillo y le mostró el pajarillo.

—Vaya, ¿dices que has visto más? —comentó tomándolo entre sus manos.

—Sí. Estaban tirados por el suelo. Por lo menos había una docena.

—Supongo que morirán por los golpes de frío, este mes está siendo duro y estos cuerpecitos...

—¿Tú crees?

—No estoy segura. Déjame para que lo analice.

—Gracias. Te debo una cerveza.

—Te tomo la palabra —dijo volviendo a sonreír—. Ya hablaremos.

Al salir, Laura barajó la idea de retomar la relación con Ainhoa y sintió un atisbo de ilusión.

Irun, 11 de noviembre. Viernes (diez días después)

Era temprano cuando el teléfono móvil sonó sobre la mesilla. El Checo abrió sus ojos azules y se sentó en el borde de la cama. Un fuerte dolor le oprimía las sienes y las cejas. Se sintió mareado. Le molestaba hasta la luz grisácea que se colaba por las tres únicas rendijas abiertas de la persiana. Se apretó con fuerza la parte alta de la nariz con los dedos y después miró la pantalla del teléfono. Era Iñaki.

—Dime —contestó con voz ronca.

—¿Te pillo en mal momento?

—A estas horas de la mañana siempre es mal momento —replicó secamente.

—Tenemos un caso urgente.

—¿Para cuándo?

—Para hoy.

—Bien. ¿A qué hora nos vemos?

—¿Qué te parece a las tres de la tarde donde siempre?

—Bien.

—Vas a necesitar un coche. ¿Te dará tiempo?

—Ya sabes que tengo mis contactos. No será problema.

—Entonces nos vemos luego.

El Checo colgó y se volvió a tumbar sobre la cama. Aún eran las nueve de la mañana, le daba tiempo a dormir otro rato.

Al taparse con las sábanas, una bocanada de malos olores corporales le atravesó la nariz como una flecha. Sintió náuseas. Tenía el estómago revuelto.

«De hoy no pasa que tiro estas putas sábanas a la basura», pensó con asco.

Antes de que pasara un minuto, volvía a estar dormido.

A las once de la mañana se levantó dando tumbos.

Llevaba una semana sin salir apenas de casa. La cocina estaba repleta de botellas vacías de vodka, de latas de Red Bull y de cajas de comida china a medio consumir. Olía a pescado rancio. Llenó un vaso de agua del grifo y se tomó un analgésico.

Tenía el pelo tan grasiento que se le pegaba a la frente. Antes de darse una ducha, llamó a su colega del desguace para conseguir un coche. Lo tendría en una hora.

Salió de la ducha y se miró desnudo en el espejo. Su cuerpo pálido y delgado no estaba muy en forma.

«Debería volver al gimnasio un día de estos», se dijo sacando bola. Si este trabajo le salía bien, volvería a apuntarse.

En los últimos meses había abusado mucho: alcohol, coca, putas, viajes... Su cartilla se había quedado a cero. Tenía pensado volver a Chequia. Una visita a su familia materna no le vendría mal. Su padre, Juan, nació en Asturias, pero a los veinte años emigró a Alemania para trabajar. Allí conoció a Lenka, una joven checoslovaca de la que se enamoró perdidamente. Se casaron al año de conocerse y a los siete meses nació un niño prematuro pero sano. Lenka decidió llamarle Juan. Cuando cumplió cuatro años, se trasladaron a España.

Fue en el barrio, o quizás en el colegio, donde empezaron a llamarle El Checo.

* * *

Irene salió de la facultad de Filosofía a la una de la tarde. Era el segundo año que cursaba la carrera y cada día que pasaba estaba más contenta con su elección. Cerró la cremallera de la chupa de cuero, se colocó el casco, se puso los guantes y se montó en

su Virago —o en su *niña*, como ella la llamaba—. Condujo hasta Irun disfrutando del trayecto. Había tenido la gran suerte de conseguir un garaje gratis cerca de su casa. Se había comprado la Yamaha con el dinero ganado trabajando todo el verano en una bodega del centro de Donostia. Para Irene, cada noche que su *niña* había dormido en la calle había sido un verdadero calvario. Gracias a la generosidad de unos amigos de sus padres, y a cambio de la limpieza del garaje, desde septiembre ambas podían dormir tranquilas y seguras. Accionó el portón general con el mando y este se abrió. Descendió la rampa despacio y llegó hasta su puerta, la número 27. Se colocó enfrente y pulsó el botón del mando. Estaba tiritando. Aparte de ser el vehículo más práctico, tenía que reconocer que era también el más helador. El portón empezó a ascender lentamente, colándose la luz del exterior. Se sorprendió al ver unos pies en el interior. Unas botas negras de tacón. Estaba como de puntillas. ¿Quién estaba dentro? Después vio unas piernas.

—¿Hola? —dijo asustada.

La persona no se movió. Los dueños del garaje vivían en Madrid. Solo venían durante las vacaciones. Era extraño.

Irene estaba sobre la moto, con el motor en marcha y el casco aún puesto. Observaba cómo se iba descubriendo la persona a medida que la puerta ascendía lentamente. Parecía una mujer. Pantalón vaquero ajustado. Chaqueta larga de punto.

—¿Hola? —repitió—. ¡Soy Irene, la chica que limpia el garaje! —añadió en voz muy alta para que pudiera oírla.

La puerta se abrió del todo. Irene gritó.

Ahora entendía por qué estaba como de puntillas. El cuerpo colgaba de una soga.

Apagó el motor, arrojó el casco al suelo y corrió hacia la mujer. Tenía los ojos abiertos, la cara amoratada y la lengua le asomaba por la boca. Parecía joven. Irene la agarró de los brazos y la zarrandó ligeramente. Estaba tibia y rígida. Le tomó el pulso.

—Mierda, mierda, mierda —susurró empezando a llorar.

Buscó en su bolsillo el teléfono y llamó al 112. Con voz entrecortada explicó lo que había sucedido. Le dijeron que llegarían enseguida y le pidieron que no se moviera de allí. Temblaba de pies a cabeza ¿Quién era esa chica? Le recordaba a alguien. ¿A quién? La rodeó inquieta hasta que cayó en el parecido, después salió pitando del garaje y permaneció de espaldas. No soportaba verla. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Era clavada a la amiga de su madre.

* * *

Gorka y Raquel estaban en el barrio fronterizo de Behobia. Un hombre los había llamado para denunciar un robo en su pequeño comercio de *souvenirs*. El ladrón había entrado con un arma y le había exigido, a punta de pistola, que vaciase la caja. Luego huyó con el botín. Era el sexto atraco en aquella zona en lo que llevaban de mes.

Después de tomarle declaración, Gorka y Raquel volvieron al coche.

Raquel miró por el rabillo del ojo a Gorka. Pensaba que era un hombre atractivo. Cabello oscuro y despeinado, barba poblada de varias semanas, labios gruesos, piel morena y una nariz alta y afilada. Siempre parecía estar de buen humor. Iba tarareando una canción que Raquel conocía, pero cuyo intérprete no recordaba. Por un momento se sintió tentada de acariciarle la cara, pero contuvo el impulso. ¿Qué pensaría él si ella hiciera algo así? Confundida, bajó el rostro y suspiró.

—¿Estás bien? —preguntó Gorka al oírla suspirar.

—Sí, tranquilo —contestó sobresaltada, como si él hubiese oído sus reflexiones.

—¿De verdad? —insistió clavándole la mirada.

—Sí, sí, es solo que tengo sueño. No he pegado ojo en toda la noche —dijo rápidamente y rehuyendo su mirada.

Llevaban trabajando juntos más de ocho años en el departamento de Casos de la comisaría de Irun, pero en los últimos meses Gorka le había demostrado que, además de buen compañero, era un gran amigo.

Raquel había perdido a sus padres en un trágico accidente de tráfico hacía nueve meses. Cuando ocurrió, se derrumbó y necesitó ayuda psiquiátrica para recuperarse. Estuvo varios meses de baja y Gorka se mantuvo junto a ella. No pasaba un solo día sin que la llamase para hablar un rato y animarla.

Sabía que estaría cómoda entre sus brazos, que podría pasar la vida entera junto a él... Pero, ¡Dios!, se sentía tan ridícula pensando en todo eso... Nunca, eso nunca, ¿y si lo perdiera? ¿Y si sus sentimientos lo estropeaban todo? Jamás le diría lo que sentía, cerraría su maldita boca para no asustarlo. Para colmo de males, Gorka iba a estar la semana siguiente de vacaciones. ¿Qué iba a hacer sin él? Por primera vez, Raquel se obligó a verle el lado positivo.

«Me va a venir bien alejarme de él y relacionarme con otros compañeros», se dijo.

Sacó un coiletero que llevaba a modo de pulsera y se recogió el cabello largo y rizado. Se frotó los ojos y bostezó.

—Acabarás pegándome el sueño —bromeó Gorka.

Raquel le sonrió y se ruborizó tontamente. Detestaba que le sucediera eso. Últimamente, cuando estaba junto a él, le pasaba muy a menudo. Definitivamente, no le iba a venir nada mal estar una semana alejada de Gorka.

«Ya se me pasará», pensó. «Todo acaba pasando, la tristeza, el dolor, el amor... A todo se acostumbra una. Así es la vida», se dijo resignada.

El transmisor comenzó a repiquetear y Gorka lo cogió. Un compañero de la comisaría le explicó que había aparecido un cuerpo sin vida en un garaje de la calle Serapio Mújica, y que todo parecía indicar que era un suicidio. Como estaban cerca de la zona decidieron acercarse.

Llegaron en dos minutos y como el portón estaba abierto bajaron en coche. Vieron a una chica en el fondo del garaje.

—¿Eres Irene? —preguntó Gorka al tiempo que se apeaba del vehículo—. Somos de la Ertzaintza.

—Sí —contestó acercándose.

Tenía los ojos enrojecidos y temblaba.

—Está ahí dentro. —Señaló con un gesto—. Abrí para aparcar la moto y me la encontré.

—¿Estás bien? —preguntó Raquel, que iba detrás de Gorka.

—No, no —susurró comenzando a llorar—. Quiero irme a casa.

—Hey, hey, tranquila —Gorka se acercó a ella y la agarró de los hombros—. Solo será un momento. Necesitamos tu declaración. La ambulancia está de camino. Raquel, coge, por favor, el botellín de agua que hay en la guantera.

—Está muerta —dijo de repente.

—¿De quién se trata?

—No lo sé —musitó negando con la cabeza.

—¿No la conocías?

—Toma, bebe un poco de agua —le ofreció Raquel.

—Gracias. —Bebió un trago—. El garaje no es mío. Me dejan guardar la moto a cambio de mantenerlo limpio, de cambiarle los fluorescentes si se fundieran, cosas así. Es de unos amigos de mis padres que viven en Madrid. No conozco a la chica que está ahí dentro, pero es clavada a la amiga de mi madre.

—¿Podría ser su hija?

—No. Solo tiene dos hijos. Mi madre me dijo que su hermana pequeña viene a veces. También vive en Madrid. Nunca hemos coincidido. Tal vez sea ella. El Audi que está aparcado en el fondo del garaje debe de ser suyo.

—¿Sabes el nombre y apellidos de la amiga de tu madre?

—Teresa, se llama Teresa —dijo absorta—. Y... Gutiérrez; sí, así se apellida.

—Quedaos aquí las dos. Voy a entrar.

Ellas asintieron. Gorka quería impedir por todos los medios que Raquel viera el cadáver. Había estado muy deprimida y temía que el suicidio de una persona la revolviese por dentro. Cada vez que recibían el aviso de un accidente de coche, intentaba impedir que viera el siniestro por miedo a que reviviera el de sus padres. Se preocupaba por ella más que por nadie. Quería abrazarla y protegerla. Había llegado a la conclusión de que Raquel significaba para él más de lo que había supuesto. Pero era una locura sincerarse, no era el momento de complicar las cosas entre ellos. Esperaría a que se recuperase. Le había costado decidirse a la hora de tomarse la semana de permiso. No quería dejarla sola, pero tenía las vacaciones de todo el año sin tocar y ya estaban en noviembre. Si no se espabilaba, las perdería.

Gorka caminó unos pasos y observó a la joven que colgaba de una viga de metal. Se puso los guantes y encendió la luz. Apenas había altura, las puntas de los pies rozaban el suelo. Había un taburete tirado junto a ella. La pobre no había calculado bien la distancia. Si hubiese querido, podría haber sobrevivido. Gorka pensó que había tenido que encoger las piernas para asfixiarse. Vaya puta fuerza de voluntad. Odiaba este tipo de escenas. Una tía joven, tal vez de su edad, y con tantas ganas de morir... Tenía la cabeza ladeada y la mirada clavada en el techo. Pese al tono morado que teñía su piel, se intuía que era guapa. Sintió un escalofrío al apreciar el horror que reflejaba su rostro. No quería ni imaginar el sufrimiento que la habría estado atormentando.

Se concentró en el garaje. Un Audi A3 de color antracita estaba aparcado en el fondo. Era el coche al que se refería Irene. Estaba nuevecito. Supuso que la tía tendría pasta. Localizó un abrigo negro y un bolso del mismo color, perfectamente colocados, sobre una bici. Pensó en los minutos anteriores a su muerte. La visualizó colocando sus pertenencias con delicadeza. Se le antojó que era una chica detallista y sensible. Demasiado

sensible. Se percató de que había un trozo de papel manuscrito encima del abrigo. Se inclinó para leerlo. Era una nota de suicidio. Junto a ella, un DNI. El apellido coincidía: Gutiérrez.

Salió sin tocar nada y llamó a la comisaría.

* * *

Eran las tres de la tarde y Laura estaba inmovilizada en el sofá con Mahe, su gata negra, sobre las piernas y Lura, la siamesa, en el costado derecho. Había puesto la tele, pero antes de empezar con el zapping ya la habían asaltado sin piedad. Ahora las dos ronroneaban acompasadamente. Las tres se habían adaptado enseguida a la nueva casa. Cuando lo dejó con Joseba, tuvo que marcharse del piso donde vivían juntos porque era de él. Había conseguido el apartamento por medio de Ane, su compañera de trabajo. Tenía cincuenta metros bien distribuidos: habitación, salón, cocina, baño y un balcón enorme, orientado al sur, que sus gatas adoraban.

Escuchó la melodía de su teléfono y descolgó sin reconocer el número.

—¿Sí?

—Laura, soy Ainhoa, la veterinaria.

—Ah, hola, ¿qué tal?

—¿Te acuerdas del pájaro que me trajiste?

—Sí, claro.

—Los resultados que analicé son un tanto extraños.

—¿Ah, sí?

—Le he pedido a un colega que me eche una mano. ¿Te has vuelto a topor con algún ejemplar más?

—La verdad es que últimamente no he subido mucho al monte... Mañana que libro por la mañana aprovecharé para darme un paseo por Erlaitz. Si encuentro alguno, ¿te los acerco a la clínica?

—Sí, por favor.

—Perfecto.

—Gracias, Laura.

—Nos vemos.

Colgó y acarició el suave pelaje de sus gatas, que no habían dejado de ronronear. Pensó en lo que Ainhoa le acababa de decir y lo repitió en voz alta.

—Unos resultados un tanto extraños. —Frunció el entrecejo.

* * *

El Checo llevaba toda la tarde con Iñaki repasando la misión que le había encomendado. No entendía a qué venía tanta explicación, no era tan complicado. Suspiró. Antes de salir de casa había intentado encontrar algo decente entre los montones de ropa de su habitación, pero al final había optado por ir a Zara y comprarse un vaquero, un jersey y un abrigo. No le había costado mucho pero sí lo suficiente como para quedarse pelado. Por lo menos le iban a pagar muy, pero que muy bien. La mitad ahora y la otra mitad una vez acabado el trabajo. No esperaba que le fueran a ofrecer algo tan gordo.

—Aquí tienes, diez mil euros, cuéntalos si quieres. Mi hermano Víctor te dará la otra mitad mañana.

Iñaki era de fiar.

Víctor aguardaba callado en el fondo de la habitación del apartotel. Se mantenía al margen. El Checo conocía a Iñaki desde hacía más de diez años, cuando ambos trabajaban para una empresa de seguridad. En aquella época, los dos tenían el mismo turno de noche en la estación de tren de Irun.

Por aquel entonces, El Checo empezó a traficar con hachís y cocaína, y enseguida dejó la vigilancia para dedicarse a sus negocios, ya que eran bastante más rentables. Al que conocía menos era a su hermano Víctor, pero confiaba en la palabra de Iñaki.

Siempre que lo habían llamado para realizar algún trabajo sucio, había tratado únicamente con Iñaki. Observó a Víctor. Tenía la constitución de un gorila e iba todo de negro. Pantalón de loneta, jersey de cuello alto y chaquetón de piel. Era de esos tipos que de un puñetazo te rompen la nariz y te tumban, pero aparte de eso, poco más. Podía decirse que Iñaki era su amo y lo sacaba a pasear en ocasiones especiales. El Checo sonrió para sí.

«Pedazo de gorila tontorrón», pensó conteniendo una carcajada. Hacía mucho que no experimentaba esa sensación. Estaba de buen humor. Nada como la acción para espabilarse. Volvía a sentirse en forma.

* * *

Eran las cinco menos diez y Laura se dirigía a la pastelería donde trabajaba. Llevaba una gruesa bufanda granate enrollada alrededor de la cara que apenas la dejaba ver, pero es que no había quien aguantase el frío de la tarde. Tenía la nariz como un cubito de hielo. Entró en el local y agradeció que el ambiente estuviera caldeado. Se desenrolló la bufanda para apreciar el olor a chocolate caliente y a bollos. Su compañera Ane estaba detrás del mostrador. Tenía cuarenta y dos años y un carácter juvenil. Era soltera y llevaba casi veinte años trabajando en la tienda. Era alta y rellenita. «Es difícil mantener la línea entre tanto dulce», solía decir cuando picoteaba algo. Siempre se habían llevado bien. Cuando Laura le contó que quería romper con su pasado gris, Ane se ofreció para ayudarla en todo lo que necesitara, le buscó un piso e insistió en que empezara a salir con ella. Desde entonces, no había sábado que no tomaran una cerveza en Mosku —que así era como llamaban a la parte vieja de Irun—. Laura le agradecería siempre que le hubiera tendido una mano.

—Hola, guapa —le dijo Ane sonriente.

—Hola. Hoy no podemos decir que aquí dentro no se está a gusto.

—Desde luego que no —contestó al tiempo que se introducía una pasta en la boca.

Ese día le tocaba a Laura ser el refuerzo de tarde y tendría que estar hasta el cierre. Bajó al vestuario y se puso la falda azul marino y la camisa de rayas. Tenía el cabello largo y ondulado. Se miró en el espejo y se lo atusó, ya que se le había enredado por culpa de la bufanda. A pesar de todos los contratiempos, el frío le gustaba.

Apenas había pasado una hora cuando vio aparecer a Jaime por la puerta.

—Hola —saludó Laura.

—Hola.

—¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

Laura notó de inmediato el cansancio en el rostro del doctor. Estaba ojeroso y pálido.

—¿Qué tal va todo? —comentó mientras le envolvía la baguette.

—Bien, algo cansado.

—Trabajas demasiado. Deberías tomarte unas vacaciones —sugirió Laura.

—Sí, me has leído el pensamiento, hoy mismo hago las maletas y me marcho.

—¿Me lo dices en serio?

—Ahora me voy a acercar a la agencia de viajes del centro comercial para que me reserven algo en cualquier lugar. Necesito desconectar.

Jaime sonrió, pero sus ojos reflejaban preocupación.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos acerca de los pájaros muertos? —comentó Laura.

—Claro.

—Llevé un ejemplar a mi veterinaria y hoy me ha llamado...

—No sigas por ahí, Laura —interrumpió Jaime—. Olvídalo todo, ¿vale?

—¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa? —preguntó sobresaltada.

—Tú solo prométemelo —susurró al tiempo que le cogía la mano.

—Pero...

—Por favor —suplicó mirándola a los ojos.

—De acuerdo —dijo con preocupación.

—Tranquila, todo va bien —añadió dejando un euro sobre el mostrador—. Ya hablaremos.

—Gracias, cuídate.

Pero Jaime no oyó la última palabra porque salió apresuradamente del establecimiento.

* * *

A las nueve de la noche, El Checo estaba aparcado en el monte Jaizkibel. La parte más alta del monte estaba a 543 metros sobre el nivel del mar. No es que fuera mucha altura para un monte, pero al colindar su ladera oeste con el mar, desde el océano parecía la cresta de una ola gigante.

El Checo llevaba más de dos horas siguiendo el Renault Mégane rojo que Iñaki le había indicado por la tarde. La distancia prudencial tan solo le dejaba ver la silueta de un hombre más bien alto haciendo fotos hacia el puerto de Jaizkibel. Se lo estaba poniendo muy fácil, ya que a esas horas la carretera estaba desértica y apenas había caseríos por la zona. En cuanto reparó en que el objetivo se volvía a introducir en el vehículo, El Checo arrancó el motor y se alejó del lugar a gran velocidad. A medio kilómetro introdujo el morro del coche en la cuneta para cambiar de sentido. Sus ruedas emitieron un chirrido al derrapar sobre la tierra.

marrón del lateral de la carretera. Se incorporó con pericia a su carril y aminó la velocidad. Enseguida localizó las luces del Mégane, que circulaba algo rápido. El Checo se concentró. Era un momento crucial. Aceleró y se colocó en el centro de la calzada, sobre la línea continua blanca. Pisó a fondo. El serpenteo del camino dificultaba la maniobra, ahora era cuestión de un máximo control o tal vez de suerte... El ruido del motor se acompañaba con los latidos de su corazón. La adrenalina fluía por su sangre como un río tras un diluvio. Agarró el volante con fuerza y se preparó para encontrárselo de frente tras la curva.

—¡Aquí estás! —voceó eufórico.

Las luces aparecieron de golpe y le cegaron un instante.

«Solo unos metros más, solo unos metros más», pensó. Era cuestión de segundos. Tensó los brazos y apretó el volante con las manos.

Cuando tan solo quedaban quince centímetros para que sus morros colisionaran de frente, el Mégane giró bruscamente a la derecha en un intento de esquivar la maniobra del Checo, con tal mala suerte que se precipitó por la ladera del monte a gran velocidad.

—¡Bien! —gritó El Checo.

Frenó y aparcó junto a un matorral. Salió del coche justo cuando el Mégane se estampaba estrepitosamente contra el tronco de un gran roble. El Checo lanzó un rápido vistazo hacia el coche estrellado para comprobar si había movimiento en él. Sacó unos guantes de cuero y una pistola de debajo de la alfombra. Descendió con cuidado por la empinada ladera, pues cualquier movimiento en falso podía hacerlo caer. Se resguardó tras un árbol, a pocos metros del coche, para observar la escena. Un fuerte olor a quemado dominaba el ambiente. Del amasijo de hierros que antes era el capó ascendía una columna de vapor proveniente del radiador destrozado. A través de los cristales rotos vio una figura inerte contra el volante. Decidió acercarse.

El veredicto estaba claro. La vacía mirada del conductor no dejaba lugar a dudas. El tipo estaba seco.

Había hecho un excelente trabajo. Se sintió orgulloso.

«Esta maldita sangre me va a complicar la búsqueda», pensó.

El contenido de la guantera se había desparramado por el suelo del vehículo. «Tráeme cualquier papel o foto que encuentres en el vehículo, incluido lo que él lleve encima. Deja únicamente sus documentos y los papeles del coche. Ya sabes que tiene que parecer un accidente y no un robo», le había dicho Iñaki horas antes.

El Checo realizó su trabajo como buen profesional que era. Registró el cuerpo sin apenas moverlo.

No llevaba nada.

Había una carpeta azul bajo el asiento del copiloto, junto a los papeles del coche, y unos cedés de Serrat. El Checo la cogió y, tras comprobar que no había nada más de interés en el coche, decidió abandonar el lugar.

Una vez en su vehículo, se retiró las bolsas que cubrían sus zapatos de trabajo. Tenían la suela lijada para no dejar huella, pequeños trucos de la profesión.

LA BIBLIOTECA DE NOELIA



La estrella de quince puntas
Páginas: 416
ISBN: 978-84-9109-581-1



Corazones negros
Páginas: 344
ISBN: 978-84-9109-266-7



La chica olvidada
Páginas: 472
ISBN: 978-84-9109-104-2



La Sirena Roja
Páginas: 432
ISBN: 978-84-9746-984-5